

ANA MARTA GONZÁLEZ, *Descubrir el nombre. Subjetividad, identidad, socialidad*, Granada, Comares, 2021, 309 pp.

Elena Álvarez-Álvarez*

Aparentemente, el concepto de “nombre” es sencillo: es la designación de un sujeto. Pero, si nos detenemos un poco más, la palabra tiene dos sentidos, que responden a preguntas diferentes. La primera, la más cotidiana, es “¿cómo te llamas?” En este sentido, el nombre designa una denominación que hemos recibido y que apunta, por ello, a nuestra dimensión social. La segunda pregunta es más comprometida: “¿quién eres?”, o “¿quién soy?” (cf. pp. 36-37 y 137). Desde el primer momento, la respuesta a esta pregunta se revela mucho más compleja, porque resulta imposible dar cuenta definitiva de quién es uno mismo. La razón de ello es que apela a nuestra conciencia personal y que esa conciencia experimenta modificaciones a lo largo del recorrido vital. Solo terminada la vida el sujeto podría dar una respuesta acabada; antes de ello, solo caben aproximaciones más o menos completas.

Aunque el nombre propio que hemos recibido simbolice nuestra identidad personal, no define lo que somos, precisamente porque esto que somos todavía está en curso; la nuestra es una identidad constitutivamente abierta, en formación. No podría ser de otro modo, a causa de la inadecuación constitutiva entre conciencia y subjetividad (p. 138).

La pregunta por el nombre esconde, entonces, la pregunta sobre el “yo”, o sobre el sujeto, y su identidad. Responder a esta pregunta requiere un análisis del pensamiento moderno, que hizo del sujeto su cuestión central, así como de las críticas y búsquedas de aclaración que ha hecho el pensamiento contemporáneo desde los ámbitos de la sociología, la psicología, la filosofía y la literatura. González, catedrática de filosofía moral en la Universidad de Navarra, revisa y dialoga con estas fuentes, en un trabajo que merecería su lectura solo por su amplia selección de fuentes y sus referencias, aunque aporta mucho más.

* Universidad Internacional de La Rioja, elena.alvarez@unir.net, ORCID 0000-0002-6434-5150

Siguiendo la mejor tradición filosófica, la autora dialoga con sus fuentes con ánimo constructivo e interés por la profundidad. El resultado es un análisis en cinco secciones –dedicadas al sujeto, a la relación entre intersubjetividad y lenguaje, a la identidad, a la verdad práctica y al deseo de autoconocimiento– que nos conduce hacia la conciencia y la interioridad. En su propósito de renovación del concepto de sujeto, también incluye un retorno a las fuentes originarias: para el pensamiento antiguo, Aristóteles y la *Ética a Nicómaco*, y para el pensamiento moderno, Kant, principalmente en la *Metafísica de las costumbres*.

No siendo posible reconstruir en detalle los trazos de este recorrido, a modo de invitación a la lectura se recogen a continuación algunos de sus elementos más destacados.

La filosofía moderna ha identificado al sujeto principalmente con su autoconciencia. Pero esta posición abre paso a varios problemas porque, desde ella, no es posible dar razón de las *vivencias*, que son experiencias del mundo exterior, ni de uno mismo en cuanto sujeto –más o menos pasivo o activo– de esas vivencias. Tampoco se puede explicar la intersubjetividad: qué sucede en el encuentro y en las interacciones entre dos sujetos. Por último, queda sin explicación la variación de la conciencia de uno mismo, que se puede perder (por ejemplo, en el sueño) pero que también puede cambiar con el paso del tiempo. Afirmar que, por ello, el sujeto se pierde a sí mismo, o que pasa de ser uno a otro resultaría excesivamente forzado.

Para resolver las aporías del concepto moderno de sujeto, González propone una consideración del sujeto como realidad reflexiva, dotada de una dualidad intrínseca. Así, existe un “yo trascendental” (yo 1) que es principio de acción, y un “sí mismo” (yo 2), que aglutina las experiencias del pasado y del futuro. Este “sí mismo” es dinámico, porque integra elementos naturales, culturales, psicológicos y sociales. En términos de identidad, se dirá más adelante que el ser humano presenta esa misma dualidad, entre el sujeto que sigue siendo el mismo en unidad numérica (*idem*), sin permanecer igual a lo largo del tiempo (*ipse*). Este ser *ipse* se define también como identidad a lo largo del tiempo, que crece y se modifica.

Tal comprensión demanda un enriquecimiento del concepto moderno de sujeto o, en palabras de González, «postular un sujeto [...] que dé cuenta del modo en que los cambios que experimentamos, en el cuerpo o en el alma, entran a formar parte de lo que somos, de lo que hemos sido, sin que tal cosa suponga

modificar –todo lo contrario– nuestra condición humana» (p. 46). Ese enriquecimiento, necesariamente, exige formular un «concepto teleológico de naturaleza que, admitiendo la potencialidad propia de la naturaleza racional, abierta intrínsecamente a una continuación cultural, diera cuenta de su desarrollo, así como del papel de la racionalidad práctica en la integración de la subjetividad» (p. 38). El sujeto aparece, así, como un núcleo abierto, dialógico, que se desarrolla a sí mismo cuando asimila conscientemente lo que recibe de la sociedad y de la cultura, y le devuelve los desarrollos que le son propios.

Esta afirmación supone que la integración de lo cultural y de lo social no puede darse por descontada, porque es una tarea confiada al propio sujeto. Y en la realización de esa tarea es donde la filosofía moral puede ser de mayor ayuda. La autora, en este punto, parte de la definición del ser humano en la *Ética a Nicómaco*, como *prohairesis*, “inteligencia deseosa o deseo inteligente”, cuya “racionalidad”, junto al intelecto, incluye todas las dimensiones de lo humano: la corporalidad, los sentimientos, la inserción en la naturaleza y la historia (cf. pp. 66-67). El ejercicio de esa inteligencia deseosa está finalizado a una elección de vida y consiste en lograr que las decisiones concretas respondan a la razón. Por ello, para lograr el fin bueno de la vida humana, es necesaria la verdad en el entendimiento, y el ejercicio de la prudencia para rectificar el razonamiento; así como el apetito recto, que corresponde a lo que la razón entiende como bien.

En este camino, entran en juego los demás. El primer medio por el que la intersubjetividad se relaciona con uno mismo es el lenguaje, considerado aquí como expresión del auto-conocimiento y de la subjetividad, incluidas sus dimensiones emocionales (p. 117). El lenguaje es una mediación que hace bidireccional la relación entre sujeto y sociedad: introduce al sujeto en la sociedad, y la sociedad en el sujeto, tanto por el habla como por la escritura. Ambos configuran el pensamiento, lo expresan y lo depuran, también en su dimensión social: «el sujeto que participa en la conversación social no se limita a incorporar pasivamente significados ya constituidos, sino que, en el curso de la interacción social, se sirve de ellos para introducir otros nuevos» (p. 97).

El lenguaje introduce la sociedad en el sujeto porque su adquisición solo es posible con la ayuda de quienes rodean al sujeto, y porque la transmisión del lenguaje es inseparable la adquisición de un código simbólico y normativo. Por este motivo afirmaba Kant que el lenguaje equivale al despertar de la conciencia, al expresar las necesidades morales del ser humano, lo cual le exige, entre otras cosas, elegir las palabras y el tono adecuado para pronunciarlas (pp. 88-89).

Por otro lado, el lenguaje introduce al sujeto en la sociedad porque, por su dinamismo propio, quienes habitamos el mismo mundo contrastamos nuestras ideas sobre lo justo y lo injusto, lo útil y lo nocivo, y otros valores. Por ello, González aboga por la recuperación de una vida política con una configuración ética, que esté basada en la clasificación aristotélica de los géneros en la *Retórica* (cf. p. 97): jurídico (sobre lo justo y lo injusto), deliberativo (sobre lo útil y lo nocivo para la *polis*) y “demostrativo” (sobre los aspectos más elogiosos o vituperables de determinadas conductas).

Los actos de coexistir, dialogar y deliberar, de los que el lenguaje es vehículo, presuponen el reconocimiento del otro, en su identidad y en su diferencia. Esa exigencia de reconocimiento se ha vuelto acuciante en el presente, como reclaman justamente la psicología y la psicología social, debido al desmoronamiento de las tradiciones que solían proporcionarle sustento (cf. p. 145). Pero ese reconocimiento social es solo un requisito previo para la construcción de la propia identidad. Esta tarea es de índole reflexiva y tiene como meta la formación de «personas adultas, que ya no articulan su identidad de forma inconsciente conforme a las respuestas afectivas que reciben del entorno, sino de forma reflexiva, en el curso de la conversación interior en la que van fraguando su personalidad» (p. 150).

Es decir, en la relación entre relacionalidad y reflexividad queda un núcleo del sujeto que mantiene su autonomía frente a las presiones sociales, y que hacen que el sujeto sea algo más que un producto de la sociedad. Ese núcleo interior contiene, no obstante, aspectos relacionales como la memoria o la dimensión sensitiva:

Reflexividad y relacionalidad constituyen así dos aspectos esenciales en la configuración de la identidad personal, cuya consideración conjunta permite conjugar subjetividad e intersubjetividad sin diluir la primera en la segunda, ni reducir la segunda a condición de mero entorno de la primera [...] el lenguaje es expresivo de una subjetividad que se desvela como tal, ante los demás y ante sí misma, cuando se sabe en relación con otras subjetividades, sin que por ello pueda considerarse un puro producto de la interacción social o del régimen discursivo dominante (p. 96).

A pesar de las diferencias entre los pensadores modernos, González extrae la exigencia de una necesidad: la de reconocer que lo diferencial, que marca la identidad, es la exigencia de «asumir el logro de la propia identidad como una

tarea personal» (p. 145). Esto supone, no obstante, superar el plano del análisis psicológico o psico-social, para adentrarse en el plano ético.

En la tarea del logro de la propia identidad intervienen emociones, referentes, ideales y modelos que tomamos de la cultura que nos rodea. Pero siempre existe el riesgo de que dichos referentes se vuelvan rígidos y oprimentes. Para evitarlo, es necesario construir sobre fundamentos auténticos, que no son otros que los propios de la verdad práctica, ya definida por Aristóteles: «frente a la verdad teórica, que es una verdad de los juicios, [...] es la verdad de la acción, una verdad que no es objeto de contemplación sino de realización» (p. 189) y que incorpora por ello la referencia al deseo o al interés de un ser humano «marcado por la potencialidad y la temporalidad» (p. 189). Es decir, es la verdad sobre las propias decisiones.

La toma de decisiones está contextualizada en un mundo cuyas circunstancias condicionan la acción, y donde también se encuentran otros seres humanos, con sus deseos, intereses y aspiraciones. Por eso, la verdad práctica reclama que el sujeto entienda los dictados de la norma y sepa compaginarlos con las necesidades de su entorno. Es este un ejercicio de la racionalidad (la *sindéresis*, o hábito de los primeros principios) que supone una capacidad de juicio sobre las propias costumbres y de ordenamiento del cúmulo de deseos y apetitos que se manifiestan en el momento de actuar.

Por ello hablaba Kant de una “insociable sociabilidad humana”: en la toma de decisiones no es suficiente conocer la norma moral, ni tener el deseo de cumplirla, que son propias del sujeto, también es necesario considerar el mundo circundante, aunque sin dejarse consumir por los dictados de la sociedad. Aquí, señala González, el principio kantiano de universalización de la acción puede resultar insuficiente, por no atender a la concreción de la acción:

La explicitación de la racionalidad moral en términos de “universalización posible” no permite apreciar suficientemente la singularidad de la acción, el modo en que esta se presenta al individuo concreto en sus circunstancias, y se presta por ello a una inevitable dialéctica entre universalismo abstracto y relativismo historicista. Más prometedora, en este sentido, resulta la noción aristotélica de verdad práctica (p. 186).

Las coordenadas por las que el mundo y los demás forman parte de la verdad práctica son tres. La primera es la responsabilidad, que es una respuesta

concreta, no determinable desde el exterior, a la interpelación que la realidad hace al sujeto. La segunda es el discurso, considerado ahora como acto moral. El lenguaje y sus enunciados son actos performativos, en los que se expresa y se intercambia la personalidad, porque en ellos comprendemos el pensamiento y las motivaciones, propias y ajenas, con los que construimos o destruimos las relaciones. Estas dos primeras coordenadas son propias de un agente situado en un contexto relacional. Pero ese contexto necesita de una tercera coordenada que lo haga significativo, que es externa y superior a los agentes, y que sirve como punto de referencia para conducir una existencia auténtica. Se trata de la justicia, que es conocimiento de la condición humana, auto-conocimiento y construcción de relaciones esenciales: «solo allí donde hay lugar para relaciones esenciales se desvela el hombre a sí mismo y solo allí puede surgir también un ‘nosotros’ genuino [...] Autenticidad y relacionalidad se reclaman mutuamente» (p. 216).

El nexo entre autenticidad y relacionalidad es el conocimiento y el amor que el sujeto tiene de sí mismo, que es modelo de sus relaciones. Frente a la conversación social, el autoconocimiento se ejercita en la conversación interior, un movimiento espontáneo del sujeto que, por su misma espontaneidad, se distingue de la introspección. Es clave también para el desarrollo de la “identidad práctica”, o la perspectiva práctica sobre la configuración de la identidad, y «tiene la ventaja de presentar la identidad como una tarea siempre abierta» (p. 163) porque el ser humano es complejo, nunca idéntico a sí mismo. Esa conversación se nutre del lenguaje recibido, y de los elementos culturales heredados junto con él. También se alimenta de las emociones, que definen el modo en que seleccionamos u orientamos nuestras preocupaciones, y de los referentes culturales a los que acudimos como base e inspiración con la que confrontarnos. Incluye, por último, lo que nos rodea, por ejemplo, el trabajo que, desde el punto de vista de la identidad «se presenta como un modo privilegiado de articular la dimensión práctica y social que acompañan toda existencia individual» (p. 161).

Al igual que la construcción de la identidad, el autoconocimiento requiere un trabajo cuyos medios son lingüísticos. El primero de ellos es “armarse de palabras”, para lo cual el medio principal es la lectura. Es esta un acto peculiar, en el que el lector dialoga simultáneamente con el sentido del texto y consigo mismo. En ese diálogo, expande su mundo interior, avanza en su intento de dar sentido al mundo, y se conoce mejor. El segundo es la escritura, otro acto en el que el sujeto interpreta su experiencia, por el solo intento de estructurarla y hacerla inteligible. Este acto supone considerar un interlocutor distinto de uno

mismo, al menos ideal, a quien se expone la propia vida. Entre uno y otro debe mediar siempre la exigencia moral de verdad:

El yo no se muestra necesariamente más auténtico por el hecho de sus- traerse a las reglas que rigen en los diversos contextos en los que desenvuelve su vida. Lo que muestra entonces es simplemente su disconformidad con tales reglas, o su insuficiencia. La “autenticidad” como tal se rige por consi- deraciones de otro orden: no de verosimilitud sino de verdad, no de etiqueta sino de ética (p. 257).

La verdad reclama una exigencia de distanciamiento de uno mismo, para objetivarse y ponerse a la vista. Paradójicamente, la tarea compleja del autocono- cimiento necesita exteriorizarse. La vía privilegiada para ello es la amistad, porque en el amigo el sujeto reconoce algo de sí mismo, y percibe su propia vida como un bien. La segunda vía es la conversación, que puede hacerse por medio de la oralidad o del escrito, pero en la que, afirma González, lo importante es que lo dicho sea una expresión auténtica de nosotros mismos, inserta en una tradición discursiva, que da sentido y aporta contexto y comprensión a las palabras y enunciados.

En la escritura del yo resulta clave rehuir el intento de autojustificación, para reconocer los propios errores y culpas. Son muchas las expresiones modernas de esta escritura del yo a la luz de la verdad, como los *Ensayos* de Montaigne. No obstante, el intento alcanza su cumbre en esas obras donde el sujeto trata de expresar su experiencia más íntima, y a la vez más elevada, como en las obras de la mística o en relatos confesionales, cuyo paradigma clásico es el de Agustín de Hipona.

No obstante, nuevamente, la expresión del yo en estas obras resulta limitada, porque se trata de “fenómenos saturados” (p. 271), de un contenido tan denso que solamente pueden expresarse por medio de metáforas. Entonces,

la lección de la mística es que el encuentro de la propia vida se sitúa más allá del lenguaje, en formas de auto-trascendencia relacionadas con una clase de conocimiento que solo se alcanza con el amor (p. 275).

Tanto en la apertura de la amistad, como en el encuentro con otros inter- locutores, lo que muestra este desarrollo es que el deseo más profundo de la interioridad es el amor. Es un acto que nace de lo que el yo quiere, e imprime la

huella de lo amado sobre el amante. Por definición, es tensión hacia otros que se expresa en el obrar. Por ello, es el acto en el que el yo se hace de forma más profunda y radical a sí mismo, en su reflexividad y en su relacionalidad. Pero entonces, lo que revela el final de este recorrido hacia el núcleo íntimo de la identidad es que el sujeto necesita trascenderse para encontrarse en los demás. Por ello, “descubrir el nombre” es la tarea ética de compaginar la reflexividad y la relacionalidad, desde la verdad práctica.

Recibido: 19/04/2022

Aceptado: 19/10/2022

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

